noten con disposicion para las armas, y que parezcan mas capaces de aprovechar la esperiencia. Así conservaréis entre vuestros aliados una reputacion elevada, solicitarán vuestra alianza, temerán perderla, y sin tener la guerra en vuestra casa ni á vuestra costa, podréis contar siempre con una juventud aguerrida é intrépida. Aunque esteis en paz, nunca dejaréis de honrar mucho á los que se distingan por su capacidad militar; porque el mejor modo de alejar la guerra y de mantener una larga paz es favorecer la profesion de las armas, distinguiendo á los que sobresalen en ella; tener quienes la hayan ejercitado en los paises estranjeros, y conozcan las fuerzas, la disciplina militar y las maneras de guerrear de los pueblos vecinos; no ser capaz de acometer por ambicion ni de ceder por flojedad. Cuando así se está siempre pronto á hacer la guerra, se consigue el que casi jamas haya que hacerla.

En cuanto á vuestros aliados, si se disponen á romper unos con otros, os toca á vos intervenir como mediador. Con eso lograis mas sólida y segura fama que la de los conquistadores: ganais el amor y respeto de los estranjeros, los cuales os necesitan, y reinais en sus estados por la confianza, como reinais en el vuestro por la autoridad: venís á ser el depositario de los secretos, el árbitro de los tratados, el dueño de los corazones: vuestra reputacion vuela hasta los paises mas remotos: vuestro nombre es como una fragancia deliciosa que se exhala de region en region hasta los pueblos mas lejanos. En tal situacion, si una nacion vecina os acomete contra las reglas de la justicia, os encuentra aguerrido, preparado; y, lo que es de mayor fuerza, os encuentra amado y socorrido; todos vuestros vecinos se arman en vuestro favor, persuadidos de que vuestra conservacion forma la seguridad pública. Hé ahí una barrera mas firme que todas las murallas de las ciudades y todas las plazas mejor fortificadas: hé ahí la verdadera gloria. Pero ¡cuán pocos reyes hay que la sepan buscar, y no se alejen de ella! Los mas corren en pos de una sombra engañosa, y dejan detras de sí el honor verdadero, por falta de conocerle.

Despues que Mentor se hubo esplicado así, Filocles le miraba lleno admiracion; de él volvia la vista al rey, y se regocijaba de ver con que agilidad recogia Idomeneo en el

fondo de su corazon cuantas palabras salian como un rio de sabiduría de la boca de aquel estranjero.

De ese modo Minerva, bajo la figura de Mentor, establecia en Salento todas las leyes mejores, y los principios mas útiles de gobierno, ménos para que floreciera el reino de Idomeneo, que para señalar á Telémaco, cuando volviese, un ejemplo sensible de lo que un gobierno sabio puede hacer, para labrar la felicidad de los pueblos y dar á un buen rey gloria duradera.

LIBRO XV.

Telemaco en el campo de los aliados se gana la inclinacion de Filoctetes, mal dispuesto al principio contra él por causa de Ulises su padre. Filoctetes le refiere sus aventuras, en que menciona las particularidades de la muerte de Hércules, causada por la túnica envenenada que el centauro Neso habia dado á Deyanira. Explícale cómo obtuvo de aquel héroe las fatales flechas, sin las cuales hubiera sido imposible tomar la ciudad de Troya; cómo fué castigado por haber faltado al secreto con todos los males que padeció en la isla de Lemnos; cómo Ulises se valió de Neoptolemo para decidirle á ir al sitio de Troya, en donde le curaron sus heridas los hijos de Esculapio.

Entre tanto Telémaco mostraba su valor en los peligros de la guerra. Desde su salida de Salento procuró granjearse el afecto de aquellos viejos capitanes cuya reputacion y esperiencia habian llegado á lo mas alto. Nestor, que le habia visto ya en Pilos, y que habia querido siempre á Ulises, le trataba como si fuera su propio hijo. Instruíale, apoyando sus lecciones en diversos ejemplos; le contaba todas las aventuras de su mocedad, y todo lo que habia visto hacer de mas notable á los héroes de la edad pasada. La memoria de este sabio anciano, que habia vivido tres edades de hombre, era como una historia de los tiempos antiguos grabada en mármol y bronce.

Filocles no tuvo desde luego la misma inclinacion á Telémaco que Nestor: el odio que habia alimentado en su corazon contra Ulises, le alejaba del hijo, y le era imposible ver sin amargura todo lo que al parecer preparaban los dio-

ses á aquel jóven, para igualarle con los héroes que habian destruido la ciudad de Troya. Mas al cabo venció la moderacion de Telémaco todos los resentimientos de Filoctetes, que no pudo ménos de aficionarse á su sencilla y modesta virtud. Muchas veces le buscaba, y le decia: Hijo mio (que yo no temo llamaros así), vuestro padre y yo, lo confieso, hemos sido mucho tiempo enemigos: tambien confieso que, aun despues que hicimos caer la soberbia ciudad de Troya, todavía no estaba aplacado mi corazon, y cuando os he visto, me ha costado mucho trabajo amar la virtud en el hijo de Ulises. Me lo he reprendido muchas veces. Pero al fin la virtud, siendo dulce, sencilla, cándida y modesta, todo lo supera. De aquí se fué engolfando insensiblemente Filoctetes en contarle lo que habia encendido en su corazon tanto aborrecimiento á Ulises.

Es menester, le dijo, tomar mi historia desde mas alto. Yo he acompañado por todas partes al grande Hercules, que ha purgado la tierra de tantos monstruos, y en cuya presencia no eran los demas héroes sino como débiles cañas junto á un roble, ó como pequeños pajarillos delante del águila. Sus desgracias y las mias vinieron de una pasion que causa los desastres mas espantosos, del amor. Hércules, que habia vencido tantos monstruos, no podia vencer esa vergonzosa pasion, y el rapaz Cupido se mofaba de él. Le era imposible recordar sin ruborizarse que habia olvidado su gloria en otra ocasion, hasta el punto de hilar junto á Onfala[1], reina de Lidia, como el mas vil y afeminado de todos los hombres: tanto le habia arrastrado un amor ciego. Cien veces me confesó que esta parte de su vida habia empañado su virtud, y casi borrado la gloria de sus trabajos.

Pero ¡ó dioses! tal es la debilidad é inconstancia de los hombres, que todo lo esperan de sí mismos y á nada resisten. ¡Ah! el grande Hércules volvió á caer en los lazos del

[1] Hércules, despues de tantas hazañas gloriosas, se enamoró tan apasionadamente de Onfala, que se vistió de mujer, é hiló á su lado para agradar.

amor que solia detestar, y amó á Deyanira[1], harto dichoso, si hubiera sido constante en la pasion de una mujer que fué su esposa. Pero la juventud de Yola, en cuyo rostro se retrataron las gracias, no tardó en arrebatarle el corazon. Deyanira se encendió en celos: se acordó de aquella túnica fatal que el centauro Neso le habia dejado al morir, como remedio seguro para reanimar el amor de Hércules, siempre que pareciera entibiarse por amar á otra. ¡Ay! aquella túnica, empapada en la sangre venenosa del centauro, contenia la ponzoña de las flechas con que el monstruo habia sido atravesado. Bien sabeis que las flechas de Hércules que mató al pérfido centauro, estaban mojadas en la sangre de la hidra de Lerna[2], y que aquella sangre las envenenó de modo que todas las heridas que hacian, eran incurables.

Apénas se puso Hércules la túnica, cuando sintió el fuego voraz que le penetraba hasta la médula de los huesos: daba gritos horribles, que resonaban en el monte Oeta y hacian vibrar los profundos valles: hasta el mar parecia conmovido: los toros mas furiosos, peleándose con mugidos de rabia, no hubieran producido tan horrible estruendo. El desdichado Licas, que le habia llevado la túnica de parte de Deyanira, se atrevió á acercársele, y Hércules, arrebatado de su dolor, le asió y le hizo voltear como la honda hace girar la piedra, cuando el hondero quiere tirarla léjos. Así Licas, arrojado desde lo alto de la montaña por la poderosa mano de Hércules, cayó en medio de las aguas del mar, en donde fué transformado repentinamente en una roca que todavía conserva figura humana, y que, siempre combatida por las olas irritadas, amedrenta desde muy léjos á los prudentes pilotos.

Con la desgracia de Licas, me pareció que no me podia fiar de Hércules, y traté de ocultarme en las mas honda

[1] Deyanira, hija de Eneo, rey de Etolia, por la cual mató Hércules al centauro Neso con una de las flechas mojadas en la sangre de la hidra. Neso, viéndose cercano á la muerte, dió su vestido ensangrentado á Deyanira, y esta mujer se le envió á Hércules, que, habiéndosele puesto, se volvió furioso y murió abrasado. Deyanira se mató en seguida con la clava de su esposo.

[2] Lerna, pantano del territorio de Argos, célebre á causa de la hidra ó serpiente con siete cabezas que Hércules venció.

cavernas. Yo le veia arrancar sin dificultad con una mano las altas sabinas y los robles que habian resistido á tantos vientos y tempestades. Con la otra mano procuraba inútilmente quitarse de encima la túnica fatal, que se le habia pegado al cútis y casi incorporado con los miembros. Conforme la despedazaba, se despedazaba tambien la piel y la carne; la sangre le corria y empapaba la tierra. Por último, superado el dolor por su virtud, esclamó: Tú ves, ó mi querido Filoctetes, los males que los dioses me hacen padecer: ellos son justos, yo soy quien los ha ofendido: he violado el amor conyugal. Despues de haber vencido á tantos enemigos, me he dejado vencer cobardemente por el amor de una hermosura estranjera: yo me muero, y me alegro de morir para aplacar á los dioses. Pero ¡ay! querido amigo, ¿adónde huyes? El esceso del dolor me ha hecho cometer, es cierto, con ese miserable Licas una crueldad que me reprendo: él no sabia el veneno que me presentaba, y no merecia el castigo que le he dado. Pero ¿crees tú que yo pueda olvidarme de la amistad que te debo, y atentar contra tu vida? No, no, yo nunca dejaré de amar á Filoctetes. Filoctetes recibirá en su seno el alma mia pronta á exhalarse: él será quien recoja mis cenizas. ¿Dónde estás pues, ó mi amado Filoctetes? ¡Filoctetes, la única esperanza que me queda en el mundo!

A estas palabras me apresuro á correr á él, él me tiende los brazos y quiere estrecharme en ellos; pero se contiene por temor de encender en mi pecho el fuego cruel que abrasa el suyo. ¡Ay de mí! esclamó, no me atrevo á abrazarte, ni aun ese consuelo me es permitido! Hablando así, junta todos los árboles que acaba de derribar, y hace una hoguera en la cumbre de la montaña; sube tranquilamente encima; estiende la piel del leon de Nemea[1], que le habia servido de manto tanto tiempo, cuando iba de uno á otro estremo de la tierra para esterminar los monstruos y libertar á los desgraciados; se apoya en su clava, y me ordena encender el fuego de la pira.

Mis manos trémulas y entorpecidas con el horror, no le pudieron negar ese cruel obsequio, porque ya no era la vida

[1] Bosque de Acaya, en el cual Hércules mató un prodigioso leon, de cuya piel se hizo el manto con que se cubria.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mis manos trémulas y entorpecidas con el horror, no le pudieron negar ese cruel obsequio.

para él un don de los dioses, atormentándole tanto: hasta llegué á temer que, arrebatado del esceso de sus dolores, se dejara arrastrar á cualquiera accion indigna de la virtud que habia llenado de admiracion al universo. Apénas vió que la llama empezaba á prender en la hoguera, esclamó: Ahora sí que conozco tu verdadera amistad, mi amado Filoctetes, porque prefieres mi honor á mi vida. ¡Los dioses te lo premien! Yo te digo lo que en la tierra tengo de mas precioso, estas flechas templadas con la sangre de la hidra de Lerma. Tú sabes que las heridas que hacen son incurables: con ellas serás invencible, como lo he sido yo, y mortal ninguno se atreverá á pelear contigo. Acuérdate que muero fiel á nuestra amistad, y nunca olvides cuanto te he querido. Pero si es cierto que tanta parte tomas en mis males, aun puedes darme un consuelo y será el último. prométeme no revelar jamas á mortal alguno ni mi muerte ni el lugar en donde escondas mis cenizas. Yo se lo prometí, ¡ay de mi! hasta lo juré regando la hoguera con mis lágrimas. Un destello de alegría se asomó á sus ojos; pero de pronto le ahogó la voz un torrente de llamas que le envolvió y casi le arrebató á mi vista. Sin embargo todavía le alcanzaba á ver por entre las llamas; estaba con un rostro tan sereno como habria podido estar coronado de flores y lleno de fragancias en un festin delicioso, rodeado de todos sus amigos.

El fuego consumió muy pronto lo que de mortal y terrestre habia en él. Muy pronto le despojó de todo lo que al nacer habia recibido de Alcmene su madre; pero conservó por la voluntad de Júpiter esa naturaleza sutil é inmortal, esa llama celeste que es el verdadero principio de la vida, la cual habia recibido del padre de los dioses. Así se fué con ellos á beber el néctar bajo las bóvedas doradas del resplandeciente Olimpo, en donde le dieron por esposa á la amable Hebe[1], diosa de la juventud, que echaba el néctar en la copa del gran Júpiter, ántes que Ganimedes hubiese recibido ese honroso encargo.

En cuanto á mí, aquellas flechas que me habia dado,

[1] Hebe era hija de Juno, y no tenia padre. Echando de beber á Júpiter se dejó caer, y Ganimedes le sucedió para servir la copa al padre de los dioses.

para que yo fuera superior á todos los demas héroes, se me convirtieron en un manantial inagotable de tormentos. Poco tiempo despues se aprestaron los reyes coligados á vengar á Menelao del infame Páris, que le habia robado á Elena, y á destruir el imperio de Príamo. El oráculo de Apolo les hizo saber que no debian esperar concluir felizmente aquella guerra, á ménos que no tuviesen las flechas de Hércules.

Ulises, vuestro padre, que en todos los consejos era siempre el mas sagaz y fecundo, tomó á su cargo el persuadirme á ir con ellos al sitio de Troya, y á llevar las flechas que él creia estaban en mi poder. Ya habia mucho tiempo que Hércules no se veia en parte alguna: no se oia contar hazaña nueva de aquel héroe: los monstruos y los malvados volvian á aparecer impunemente. Los Griegos no sabian lo que pensar de él: unos le daban por muerto: otros decian que habia ido hasta el estremo helado del Norte á domar á los Escitas. Pero Ulises sostuvo que habia muerto, y se propuso el hacérmelo confesar: cuando me fué á buscar, todavía me era imposible consolarme de haber perdido al grande Alcides. Le costó mucho acercarse á mí, porque huia de ver á los hombres, y no podia soportar la idea de apartarme de aquellos desiertos del monte Oeta[1], en donde habia visto perecer á mi amigo: yo no pensaba mas que en reproducirme la imágen del héroe y en llorar á la vista de tan tristes lugares. Pero la dulce é irresistible persuasion movia los labios de vuestro padre; mostróse casi tan afligido como yo; derramó lágrimas conmigo; supo ganarme insensiblemente el corazon, apoderarse de mi confianza, y me inclinó á favor de los reyes griegos que iban á pelear por tan justa causa, y no podian triunfar sin mí. Jamas empero logró arrancarme el secreto de la muerte de Hércules, que habia jurado no revelar en mi vida; si bien no dudaba él que hubiera muerto, pues me instaba á que le descubriese el sitio en donde yo habia guardado sus cenizas.

¡Ah! yo que me estremecia con el temor de un perjurio, descubriendo el secreto que habia prometido á los dioses no revelar jamas, tuve la flaqueza de eludir mi juramento, no atreviéndome á violarle; los dioses me han castigado:

[1] Monte de Tesalia entre el Parnaso y el Pindo. El Oeta era famoso por el sepulcro de Hércules.

di con el pié en la tierra sobre el lugar en que habia depositado las cenizas de Hércules. Partí en seguida á unirme con los reyes confederados, que me recibieron con el mismo júbilo con que habrian recibido al mismo Hércules. Pasando por la isla de Lemnos, quise mostrar á los Griegos todo el poder de mis flechas; al prepararme para tirarle á un gamo que se lanzaba al bosque, dejé caer del arco por descuido la flecha, y me hizo en el pié una herida de que todavía me resiento. Al punto esperimenté los mismos dolores que Hércules habia padecido; dia y noche hacia resonar toda la isla con mis gritos; la sangre negra y corrompida que manaba de mi herida, infectaba el aire y esparcia por el campo de los Griegos un hedor capaz de sofocar á los hombres mas vigorosos. Todo el ejército se horrorizaba de verme en semejante estremidad, persuadiéndose todos de que era un suplicio que me habia sido enviado por los justos dioses.

Ulises, que me habia empeñado en aquella guerra, fué el primero que me abandonó. Despues he conocido que lo habia hecho, porque preferia el interes comun de la Grecia y la victoria á cualesquiera otras razones de amistad ó de respeto particular. Tanto molestaban al ejército entero el horror de mi herida, su infeccion y la violencia de mis gritos, que no se podia sacrificar en el campamento. Pero por entónces, cuando me ví abandonado de los Griegos por consejo de Ulises, su política me pareció de la mas horrible inhumanidad y negra alevosía. ¡Ay! que estaba ciego, y no alcanzaba á ver cuan justo era que los mas sabios entre los hombres estuvieran contra mí como los dioses, á quienes tenia irritados.

Casi todo el tiempo que duró el asedio de Troya, permanecí solo, sin socorro alguno, sin esperanza, sin consuelo, atormentado de dolores horribles, en aquella isla desierta y montaraz, en donde no oia sino el estruendo de las olas del mar que se estrellaban contra las rocas. Descubrí, en medio de aquella soledad, una caverna abierta en un peñasco que alzaba al cielo dos puntas semejantes á dos cabezas: de este peñasco salia una clara fuente. La caverna era guarida de alimañas feroces, á cuya rabia estaba espuesto de noche y de dia. Para acostarme junté algunas hojas. Todos los bienes que me quedaron, se reducian á una

vasija de madera groseramente trabajada, y unos vestidos hechos pedazos, con que me vendaba la herida para contener la sangre, y de que me servia para limpiarla. Allí, abandonado de los hombres y perseguido por la cólera de los dioses, pasaba el tiempo en matar con mis flechas palomas y otras aves de las que volaban al rededor de la roca. Cuando mataba alguna para alimentarme, era menester que me arrastrara por el suelo con dolor para ir á recogerla: así me preparaban mis manos el sustento.

Verdad es que los Griegos al partir me dejaron algunas provisiones; pero me duraron poco. Encendia fuego con pedernales. Semejante vida, aunque tan espantosa, me hubiera parecido dulce léjos de los hombres ingratos y falaces, si mi dolor no hubiese sido tanto, y si no me hubiese perseguido constantemente el pensamiento de mi triste aventura. ¡Qué! decia yo, sacar á un hombre de su patria como el único que puede vengar la Grecia, y luego abandonarle en esta isla desierta durante su sueño! porque los Griegos se fueron miéntras yo dormia. Juzgad cual seria mi sorpresa, y cuantas lágrimas derramaria, cuando al despertarme ví las naves surcar las olas. ¡Ah! buscando por todas partes en aquella isla inculta y horrorosa, no hallé sino dolor.

En efecto allí no hay puerto, ni comercio, ni hospitalidad, ni hombre que á ella arribe por su voluntad. No se ven sino los desdichados á quienes arrojan las tempestades, no pudiendo esperarse mas sociedad que la proporcionada por algun naufragio: aun los que llegaban á aquel paraje, se negaban á tomarme á bordo para volverme á mi patria, temiendo la cólera de los dioses y la de los Griegos. Hacia diez años que estaba padeciendo de vergüenza, de dolor y de hambre, con una herida que me devoraba, y hasta la esperanza se habia estinguido en mi corazon. De repente, volviendo de buscar plantas medicinales para mi llaga, divisé en mi caverna á un jóven hermoso, agraciado, pero altivo, y de una estatura de héroes. Parecióme que veia á Aquiles, tan suyas eran las facciones, las miradas y el paso; su edad sin embargo me hizo conocer que no podia ser él. Noté en su rostro la compasion y el embarazo juntos; le dió lástima ver con el trabajo y lentitud que me iba arrastrando: los penetrantes y dolorosos gritos que me arrancaba el dolor y repetian los ecos de la playa, enternecieron su corazon.

O estranjero, le dije desde bastante léjos, ¿qué desgracia te ha conducido á esta isla inhabitada? Reconozco el vestido griego, ese traje tan querido todavía de mi. ¡Oh! con qué impaciencia deseo escuchar tu voz, y oir en tus labios la lengua que he aprendido desde mi infancia, y que hace tanto tiempo que con nadie puedo hablar en esta soledad. No te arredres al ver á un hombre tan desventurado; debes tenerle compasion.

Apénas me dijo Neoptolemo, yo soy Griego, esclamé: ¡O dulces palabras al cabo de tantos años de silencio y de dolor desconsolado! ¡O hijo mio! ¿qué desgracia ¿qué tormenta, ó mas bien, ¿qué viento favorable te ha traido para poner término á mis males? Soy de Esciro[1], respondió, vuelvo á mi patria: dicenme hijo de Aquiles: todo lo sabes.

Tan breves palabras no dejaban satisfecha mi curiosidad; díjele: O hijo de un padre que he amado tanto, y con tanto cariño confiado para su crianza á Licomedes[2], ¿cómo vienes aquí? ¿de dónde vienes? Respondióme que volvia del sitio de Troya. Tú no eras de la primera espedicion, le dije yo. Y tú, me replicó él, eras tú de ella? Entónces le contesté: Tú no sabes, bien lo veo, ni el nombre de Filoctetes ni sus desgracias. ¡Ay! ¡cuán desventurado soy! mis perseguidores me insultan en mi infortunio: la Grecia ignora como padezco, y eso aumenta mi dolor. Los Atridas[3] me han puesto en esta estado: ¡que los dioses se lo paguen!

En seguida le conté de que modo me habian abandonado los Griegos. Luego que oyó mis quejas, me refirió las suyas. Despues de la muerte de Aquiles, me dijo ... Con ese principio no pude dejar de interrumpirle, diciéndole: ¡Qué! ¡Aquiles ha muerto! Perdona, hijo mio, que turbe tu relacion con el llanto que debo á tu padre. Neoptolemo me respondió: Me consolais interrumpiéndome: ¡cuán dulce es para mi ver que Filoctetes llora á mi padre!

---

[1] Esciro, una de las islas del Archipiélago á la entrada del golfo de Zeton, distante trece leguas de Negroponto hácia el Norte.

[2] La madre de Aquiles, queriendo que su hijo no fuera al sitio de Troya, le disfrazó de mujer y le envió á la corte del rey Licomedes, en donde se enamoró de Deidamia, de la cual tuvo á Pirro ó Neoptolemo.

[3] Los hijos de Atreo, es decir, Agamenon y Menelao.

Neoptolemo, volviendo á tomar su discurso, me dijo: Despues de la muerte de Aquiles, fueron á buscarme Ulises y Fenix, asegurando que sin mí no podia destruirse la ciudad de Troya. Nada les costó el llevarme, porque mi dolor por la muerte de Aquiles, y el deseo de heredar su gloria en tan famosa guerra, me servian de bastante estímulo para seguirlos. Llego á Sigea [1]: el ejército se agolpa al rededor de mí; todos juran que vuelven á ver á Aquiles; pero ¡ay! Aquiles ya no existia. Parecióme en mi juventud é inesperiencia que podia contar para todo con los que me daban tantas alabanzas. Empiezo pidiendo á los Atridas las armas de mi padre: Tendrás lo demas que le pertenecia fué su cruel respuesta; pero sus armas estan destinadas á Ulises.

Yo me trastorno, lloro, me enfurezco; mas Ulises me decia sin conmoverse: Jóven, tú no has estado con nosotros en los peligros de este largo asedio: todavía no mereces tales armas, y ya hablas con sobrada arrogancia: nunca las lograrás. Despojado por Ulises injustamente, me vuelvo á Esciro, ménos indignado con él que con los Atridas. ¡Que á cualquiera que sea su enemigo, le sean propicios los dioses! O Filoctetes, os lo he dicho todo.

Entónces pregunté á Neoptolemo cómo no se habia opuesto á tamaña injusticia Ayax Telamonio. Ha muerto, me respondió. ¿Ha muerto? esclamé, ¡y Ulises no muere! al contrario, prospera en el ejército. En seguida le pregunté por Antíloco, hijo del prudente Nestor, y por Patroclo tan amado de Aquiles. Han muerto tambien, me dijo. Y yo volví á esclamar: ¡Qué! ¡han muerto! ¡Ay de mí! ¿qué me dices? ¿Con que la cruel guerra siega á los buenos y deja á los malvados? ¿Ulises vive? ¿Sin duda tambien vive Tersites [2]? ¡Hé ahí la obra de los dioses, y todavía los alabáremos!

---

[1] Hoy el cabo de los Genizaros, en la Natolia, á la entrada de golfe de Galípoli, en frente de la punta de la Romania.

[2] Uno de los hombres mas contrahechos y cobardes del ejército de los Griegos, y tan propenso á contradecir á los mas prudentes y capaces, que Aquiles, indignado de su proceder, le mató de una puñada.

Miéntras yo estaba tan enfurecido contra vuestro padre, Neoptolemo seguia engañándome. Hé aquí las tristes palabras con que terminó: Voy á la isla de Esciro á vivir contento en sus asperezas, léjos del ejército griego, en donde la maldad prevalece en perjuicio de los buenos. A Dios, me marcho; ¡qué los dioses os curen!

Al punto le dije: ¡O hijo mio! yo te ruego por los manes de tu padre, por tu madre, por lo que tú mas ames en el mundo, que no me dejes solo en la situacion dolorosa en que me ves. No ignoro cuan penosa carga debo ser para ti: mas seria una vergüenza que me abandonaras: échame en la proa, en la popa, aunque sea en la sentina, en donde ménos te incomode. Solo saben cuanto gloria cabe en ser bueno los que tienen un corazon magnánimo. No me dejes en un desierto en donde no hay ni vestigio de hombres: llévame á tu patria ó á Eubea [1], que no está léjos del monte Oeta, de Traquino, y de las agradables márgenes del rio Esperquio: vuélveme á mi padre. ¡Ay! ¡temo que haya muerto! le he mandado á decir que me enviara una nave: ó ha muerto, ó los que me han prometido informarle de mi infortunio, no lo han hecho. Ahora recurro á ti, hijo mio. Acuérdate de la fragilidad de las cosas humanas. El que se halla en la prosperidad debe temer abusar de ella, como debe socorrer á los desgraciados.

Así me hacia hablar á Neoptolemo el esceso del dolor, y él me ofreció llevarme. Entónces esclamé de nuevo: ¡O fausto dia! ¡O amable Neoptolemo, digno de la gloria de su padre! compañero querido de este viaje, permitidme que me despida de esta triste morada. Ved donde he vivido; juzgad lo que he padecido: ningun otro lo hubiera podido resistir; pero la necesidad me habia enseñado, y de ella aprenden los hombres lo que jamas podrian saber de otra manera. Los que nunca han padecido, nada saben; no conocen lo bueno ni lo malo; no conocen á los hombres; no se conocen á sí mismos. Despues de hablar así, tomé mi arco y mis flechas. Neoptolemo me suplicó que le permitiera besar unas armas tan célebres, y consagradas por el invencible Hércules. Yo le dije: Haz cuanto quieras; tú

---

[1] Isla del mar Egeo, hoy Negroponto.

eres, hijo mio, quien hoy me vuelves la luz, mi patria, mi padre agobido por la vejez, mis amigos, y hasta mí mismo tu puedes tocar estas armas, y gloriate de ser el único entre los Griegos que haya mercido tocarlas. Inmediatamente entra Neoptolemo en mi gruta para admirarlas. En esto me asalta un dolor cruel que me trastorna, no sé lo que hago; pido unaes pada para cortarme el pié; esclamo agritos. ¡O muerte tan deseada! ¿porqué no vienes? ¡O jóven! quémane al punto, cómo yo he quemadoa al hijo del gran Júpiter. ¡O tierra! ¡ó tierra! recibe á un moribundo que ya no puede levantarse. De aquel arrebato caísrepentinamente, segun mi costumbre, en un letargo profundo; empezó á calmarme un sudor copioso; de la herida corrió una sangre negra y corrompida. Fácil hubiera sido á Neoptolemo quitarme las armas, durante mi sueño, y partir con ellas; pero era huo de Aquiles, y nos habia nacido para engañar.

Al despertarme, conocí su turbacion: suspiraba como un hombre que no sabe fingir, y obra contra su conciencia. ¿Me quieres sorprender? le dije; ¿qué hay? Es menester, me respondió, que vengais conmigo al sitio de Troya. Yo repliqué al punto: ¡Ah! ¿qué has dicho, hijo mio? Vuélveme ese arco; ¡estoy vendido! no me arranques la vida. ¡Ay de mí! nada me responde; me mira tranquilamente, nada le conmueve. ¡O márgenes, ó promontorios de esta isla! ¡ó fieras alimañas! ¡ó rocas escarpadas! á vosotras me quejo, porque no quiero quejarme sino á vosotras, que estais acostumbradas á mis gemidos. ¿Y ha de ser el hijo de Aquiles quien me haga semejante traicion? me roba el arco sagrado de Hércules; quiere arrastrarme al campo de los Griegos para triunfar de mí: no advierte que es triunfar de un cadáver, de una sombra, de una apariencia vana ¡Oh! si me hubiera provocado cuando yo podia.....! y aun ahora se vale de la sorpresa. ¿Qué he de hacer yo? Vuelve, hijo mio, vuelve: obra como tu padre, obra como quien eres. ¿Qué dices?... Tú no respondes. ¡O agreste roca! me vuelvo á tí, desnudo, miserable, abandonado, sin alimento: aquí en esta caverna moriré solo: no teniendo ya mi arco para defenderme de las fieras, las fieras me devorarán; no importa. Pero, hijo mio, tú no pareces malvado, ajena persuasion te arrastra: vuelveme mis armas, y véte.

Neoptolemo con los ojos arrasados en lágrimas decia en voz baja: ¡Pluguiera á los dioses que nunca hubiese yo salido de Esciro! En esto esclamo: ¡Ah! ¿qué veo? ¿no es Ulises? Al momento oigo que me responde: Sí, yo soy. Si el lóbrego reino de Pluton se hubiera abierto, y yo hubiese visto el negro Tártaro que los mismos dioses temen ver, no se hubiera apoderado de mí, lo confieso, un horror mas grande. Yo volví á esclamar: ¡O tierra de Lemnos, invoco tu testimonio! ¡O sol! ¿tú lo ves y lo sufres? Ulises me respondió sin inmutarse: Jupiter lo quiere, y yo lo ejecuto. ¿Te atreves tú, le dije, á nombrar á Júpiter? ¿Ves tú á ese mancebo que no ha nacido para el fraude, y que padece al ejecutar lo que tú le obligas á hacer? No es nuestro ánimo engañaros, me dijo Ulises, ni haceros mal; venimos á redimiros, á curaros, á daros la gloria de destruir á Troya, y á volveros á vuestra patria. Vos mismo sois, no Ulises, el enemigo de Filoctetes.

Entónces dije á vuestro padre cuanto el furor me podia sugerir. Ya que me abandonaste, le dije, en estas playas, ¿porqué no me dejas en paz aquí? Vé á buscar la gloria de los combates y de todos los deleites; goza de tu felicidad con los Atridas: déjame mi inseria y mi dolor. ¿A qué llevarme? Nada soy ya, estoy ya muerto. ¿Porqué no crees todavía hoy, como en otro tiempo lo creias, que yo no podré partir, que mis gritos y la infeccion de mi herida turbarán los sacrificios? O Ulises, autor de mis males, que los dioses te.... Mas los dioses no me escuchan; al contrario, escitan mi enemigo. ¡O tierra de mi patria, que no volveré á ver!... O dioses, si aun queda entre vosotros alguno bastante justo para tener piedad de mí, castigad, castigad á Ulises; entónces me creeré curado.

Miéntras yo hablaba así, vuestro padre me miraba tranquilo con semblante de compasion, como quien, léjos de enojarse, tolera y disculpa el trastorno de un infeliz que la fortuna ha exasperado. Pareciame una roca encima de la cumbre de una montaña, cuando se burla del furor de los vientos, y dejándoles apurar su rabia permanece immóbil. Así vuestro padre aguardaba en silencio que se defogase mi cólera; porque sabia que es menester no combatir las pasiones de los hombres, para traerlos á la razon, sino cuan-

do se empiezan á debilitar ellas mismas por cierta especie de lasitud. En seguida me dijo estas palabras: O Filoctetes, qué habeis hecho de vuestro juicio y de vuestro ánimo? Hé aquí la ocasion de aprovecharlos. Si os negais á seguirnos para cumplir con los altos designios que sobre vos tiene Júpiter, á Dios: sois indigno de ser el libertador de la Grecia y el destructor de Troya. Quedaos en Lemnos; estas armas, que yo me llevo, me darán una gloria que os estaba destinada. Neoptolemo, partamos; es inútil hablarle: por la compasion de un hombre solo no hemos de sacrificar la salud de la Grecia entera.

Sentíme entónces como una leona á quien acaban de arrebatar los hijuelos, que aturde las selvas con sus rugidos ¡O caverna, gritaba yo, nunca te dejaré, vas á ser mi sepulcro! ¡Mansion de mi dolor! ¡Ya no mas alimento, ya no mas esperanza! ¿Quién me dará una espada para atravesarme? ¡Oh! si á lo ménos me pudieran llevar las aves de rapiña!.... ¡Ya no las mataré con mis flechas! ¡O arco precioso, consagrado por las manos del hijo de Júpiter! ¡O amado Hércules, si aun conservas algun sentimiento! ¿cómo no te indignas? Ese arco no está ya en las manos de tu amigo fiel; está en las manos impuras y engañosas de Ulises. Aves de rapiña, fieras indomables, no huyais de esta caverna; mis manos ya no tienen flechas. Miserable, no puedo haceros mal, venid á devorarme, ó mas bien ¡que el rayo del inexorable Júpiter me confunda!

Vuestro padre, despues de haber probado á persuadirme por todos los demas medios, pensó al cabo que lo mejor era restituirme las armas: hizo señas á Neoptolemo, que al punto me las volvió. Entónces le dije: Digno hijo de Aquiles, bien muestras que lo eres; pero déjame atravesar á mi enemigo. En efecto quise disparar una flecha á vuestro padre; mas Neoptolemo me detuvo, diciéndome: La cólera os ciega, y os quita el ver lo indigno de la accion que quereis cometer.

En cuanto á Ulises, parecia que tan poco le movian mis flechas como mis injurias. Aquella intrepidez, aquella paciencia me hicieron sensacion. Avergoncéme de haber querido servirme de mis armas, en el primer ímpetu, para matar al que me las habia hecho volver; pero como no se habia aplacado aun mi resentimiento, estaba inconsolable

por tener que debérselas á un hombre que aborrecia tanto. Al mismo tiempo me decia Neoptolemo: Sabed que el adivino Heleno, hijo, de Príamo, habiendo salido de la ciudad de Troya por mandado é inspiracion de los dioses, nos ha revelado lo futuro. La malhadada Troya caerá, ha dicho; mas no puede caer hasta que haya sido embestida por el que posee las flechas de Hércules. Ese hombre no se puede curar sino cuando esté en frente de los muros de Troya: los hijos de Esculapio [1] le curarán.

En aquel instante sentí mi corazon dividido: me inclinaban el candor de Neoptolemo, y la sencillez con que me habia vuelto mi arco; pero no podia resolverme ni á vivir, si era menester que cediese á Ulises: y esa mala vergüenza me tenia suspenso. ¿Me habrán de ver, decia yo para mí, con Ulises y con los Atridas? ¿Qué se pensará de mí? En esta incertidumbre, oigo de repente una voz sobrehumana, y veo á Hércules en una nube resplandeciente: estaba rodeado de rayos de gloria. Fácilmente reconocí sus facciones algo rudas, su cuerpo robusto y su ademan sencillo; pero su estatura y majestad eran mucho mayores de lo que me habian parecido cuando domaba los monstruos. Díjome:

Tú oyes, tú ves á Hércules. He dejado el alto Olimpo para anunciarte la voluntad de Júpiter. Bien sabes por medio de que trabajos he ganado la inmortalidad: es menester que vayas con el hijo de Aquiles, para seguir mis huellas en el camino de la gloria. Tú sanarás; matarás con mis flechas á Páris, autor de tantas calamidades. Despues de la toma de Troya, mandarás á Pean, tu padre, al monte Oeta ricos despojos; esos despojos se pondrán sobre mi tumba como monumento de la victoria debida á mis flechas. ¡Y tú, ó hijo de Aquiles! yo te declaro que no puedes vencer sin Filoctetes, ni Filoctetes sin tí. Id pues como dos leones que buscan juntos su presa. Yo enviaré á Esculapio á Troya para curar á Filoctetes. Sobre todo, ó Griegos, amad y guardad la religion: lo demas muere; ella jamas.

Oidas estas palabras, esclamé: ¡O dia feliz, luz apacible, tú te me apareces al fin despues de tantos años! Te obe-

---

[1] Esculapio, hijo de Apolo y de la ninfa Coronis, era tan sabio en la medicina, que los paganos le hicieron dios, adorándole bajo la forma de una serpiente, particularmente en Epidauro ó Pérgamo.

lezco, parto en cuanto salude estos lugares. A Dios, caverna amada. A Dios, ninfas de estas húmedas praderas; ya no oiré el sordo rumor de las olas de esta mar. A Dios, playa en que tantas veces he sufrido las injurias del aire. A Dios, riscos en donde tantas veces repitió Eco mis gemidos. A Dios, dulces fuentes que tan amargas me fuisteis. A Dios, ó tierra de Lemnos; déjame partir con felicidad, pues voy adonde me llama la voluntad de los dioses y de mis amigos.

Así partimos; llegamos al sitio de Troya. Macaon y Podaliro me curaron por la ciencia divina de su padre Esculapio, ó á lo ménos me pusieron en el estado en que me veis. Ya no sufro; he recobrado mis fuerzas, pero cojeo un poco. Hice caer á Páris como un tímido cervatillo que derriba el tiro del cazador. Ilion quedó reducida á cenizas: lo demas lo sabeis. Sin embargo, todavía conservaba no sé qué de aversion al prudente Ulises por el recuerdo de mis males: su virtud no alcanzaba á mitigar aquel resentimiento; mas la vista de un hijo que se le parece, y al cual me es imposible dejar de amar, me enternece el corazon hasta para el mismo padre.

LIBRO XVI.

Telémaco entra en altercados con Falante por unos prisioneros que se disputan: combate y vence á Hipias, que, despreciando su juventud, toma á los prisioneros de su propia autoridad para su hermano Falante; pero, quedando poco satisfecho de su triunfo, se lamenta interiormente de su temeridad, y desea reparar su falta. Al mismo tiempo Adrasto, rey de los Danienses, informado de que los reyes confederados no se ocupan mas que en allanar la desavenencia de Telémaco é Hipias, va á sorprenderlos. Despues de apoderarse de cien bajeles del enemigo para transportar sus tropas al campo contrario, le pone fuego, y embiste por el cuartel de Falante, mata á su hermano Hipias, y á él le deja cubierto de heridas.

Miéntras Filoctetes habia contado así sus aventuras, Telémaco habia permanecido como suspenso é inmóbil. Sus ojos estaban clavados en el héroe que hablaba. Todas las varias pasiones que habian agitado á Hércules, á Filoctetes, á Ulises, á Neoptolemo, se habian ido pintando sucesivamente en el rostro candoroso de Telémaco, al paso que se representaban en aquella narracion. A veces, sin poder contenerse, interrumpia á Filoctetes con esclamaciones: á veces parecia pensativo, como quien medita profundamente sobre las consecuencias de los negocios. Cuando Filoctetes pintó la turbacion de Neoptolemo, que no sabia disimular, Telémaco parecia sentir la misma turbacion, y en aquel momento se le habria tenido por Neoptolemo.

Entre tanto el ejército de los aliados marchaba en buen órden contra Adrasto, rey de los Danienses, que despreciaba á los dioses, y no trataba sino de engañar á los hombres. Con muchas dificultades encontró Telémaco para avenirse con tantos reyes celosos entre sí. Necesitábase no inspirar desconfianza á alguno, y ganarse la voluntad de todos. Su índole era buena y veraz, pero poco afectuosa: apénas se cuidaba él de lo que podia complacer á los demas: no era apegado á las riquezas, mas no sabia dar. Así, con un corazon noble é inclinado á lo bueno, no parecia obsequioso, ni sensible á la amistad, ni liberal, ni agradecido á los desvelos que por él se tomaban, ni atento para distinguir el mérito. Hacia su gusto sin reflexion. Su madre Penélope le habia criado á despecho de Mentor con una altanería y un orgullo que empañaban cuanto de mas amable habia en él. Considerábase como de otra naturaleza que los demas hombres, á quienes creia que los dioses no habian puesto en el mundo sino para complacerle, servirle, anticipar sus deseos, y consagrársele enteramente como á una divinidad. La dicha de servirle era en su juicio sobrada recompensa para los que le servian. Jamas debia encontrarse cosa imposible cuando se trataba de satisfacerle: la menor tardanza irritaba su carácter ardiente.

Los que por esos indicios hubieran juzgado de su índole, e habrian tenido por incapaz de amar otra cosa que á sí mismo, por hombre á quien nada movia sino su gloria ó su placer; pero aquella indiferencia con los demas, y tanto cuidado de sí propio, no provenian mas que de la exaltacion continua á que le arrastraba la violencia de sus pasiones. Habíale engreido su madre desde la cuna, y era un dechado ejemplar de la desgracia de los que nacen en la grandeza. Los reveses de la fortuna, que esperimentó desde la mas